

DE SAN ELMO

POR L. D'ANDRAITX

cíos, acusadores.

Pero, delante de la ermita herida, pasó nuevamente un samaritano.

Ya sus muros sonríen al mar y al aire. Los caminos de acceso se han sembrado de flores, y una magnífica cruz de término eleva sus brazos al cielo. Símbolo de buena voluntad y promesa.

Se nos ha informado, además — y lo hizo el propio señor Gros, muy gentilmente —, del deseo de dotar a la ermita de un altar digno de su misión y cumplimiento.

La urbanización va imprimiendo sus huellas en toda la montaña. Aquí y allá, asoman nuevos chalets que, sin presentar la continuidad de un estilo único, armonizan, no obstante, perfectamente, con la gracia diversa de las distintas zonas del paisaje.

Crusan la montaña dos carreteras de ocho metros de ancho total, seis de calzada y dos metros de aceras. Una de las carreteras sigue el trazado de la antigua, y la otra, empezando en Port Salvi se reúne con la primera a la altura del pinar situado en la parte izquierda posterior del Hotel Montjoi.

En el paraje de Port Salvi está ya muy avanzada la construcción de una gran piscina y los cimientos de lo que será restaurante y terrazas de espectáculo y fiestas.

Existe también un proyecto de urbanización de construcciones más modestas en la vertiente suroeste de la montaña. Como primera medida, se han tendido ya los hilos de las conducciones eléctricas.

Parece pues que todos los factores se van conjugando, todas las voluntades convergiendo, para poblar y embellecer nuestra montaña.

Esta montaña nuestra, tan querida, porque en ella leyenda y tradición situaron el primerísimo origen de la actual ciudad. Y si bien Prehistoria e Historia andan remisas en aportarnos datos ciertos sobre la verdad del emplazamiento del primitivo poblado guixolense, tampoco es descabellado el suponer que bajo la montaña del Castellar se encierre el secreto de nuestra cuna. Una punta de flecha hallada en una sencilla excavación es, no obstante, el único indicio cierto para situar en el brazo poniente de nuestra bahía la ubicación de un primitivo poblado íbero. Pero, después del hallazgo de la mencionada punta de flecha, no siguió

ninguna excavación científica. Y, así, el hecho de la posible existencia de una necrópolis en la montaña del Castellar ha quedado entre el supuesto y la duda. Asentar la hipótesis de tal posibilidad, admitirla, no supone de ninguna manera comulgar con la fantasía.

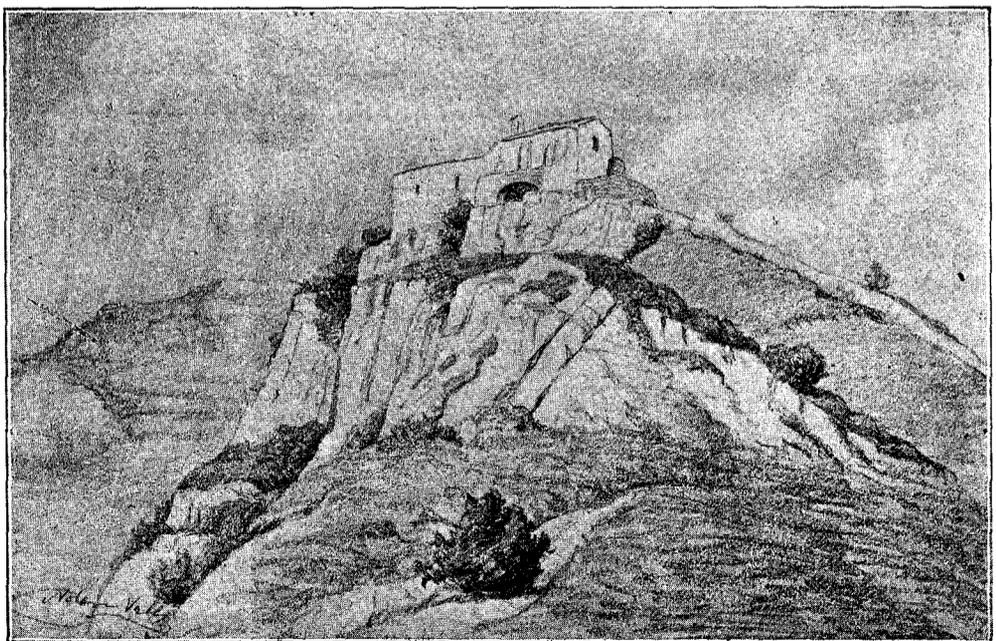
Según observación del que fué gran arqueólogo, Rada y Delgado, todos los descubrimientos prehistóricos de nuestra patria han tenido lugar en zonas inmediatas al mar, junto a los ríos o en puntos próximos, a la vez, a canteras y manantiales. Las aguas arrastran siempre toda clase de objetos, y los ríos mueren en el mar; de ahí que las franjas litorales sean tan excelente depósito de toda clase de restos. Cerca de las canteras y de los manantiales se establecieron los más antiguos poblados, orden que les aseguraba vivienda y agua.

El lugar donde fué encontrada la hermosa punta de flecha de piedra, barbelada, reúne las dos condiciones señaladas. Está en las proximidades de la cantera del paseo de Tetuán y cerca de la fuente. Todo, en las montañas de ponientes de la ciudad, en la falda del Castellar.

En torno al nombre de

Castellar se han levantado también singulares hipótesis. Hay quien opina que es la simple traducción en lengua vernácula del nombre «Alábriga», ya que «briga» supone fortaleza o ciudad fortificada. «Alá» sería rúbrica de su dedicación a Dios. Los que comparten esta opinión confieren al primitivo poblado guixolense un origen sirio-caldeo y le asignan el nombre de ALABRIC. Otros, no obstante, no dan mayor alcance a la palabra Alabric que el de rincón de cobijo, bahía.

Lo cierto es que cuando, en el siglo XV, se concedió el permiso para edificar el castillo de San Elmo, el lugar de su emplazamiento ya se denominaba el Castellar. Circunstancia que hace suponer la existencia de anteriores fortificaciones en la cúspide de la montaña. Fortificaciones antiquísimas de las que ya no quedaba piedra para atestiguarla, pero las que el recuerdo y la voz popular guardó de todo olvido con la sonoridad de un bello nombre. Nombre que tintinea aún hoy en nuestros oídos y corazón, y que nos mueve a amar con toda el alma a la montaña que lo conservó como una joya, en el gigantesco estuche de su pétreca diadema.



LA ERMITA ANTIGUA VISTA POR NOLASC VALLS